

Su-Dagh. Dejamos ese territorio en que resonaba el estruendo de la pipería y de las prensas, y encaminamos nuestra numerosa cabalgata hácia el pueblo de Kutlak, al Norte del valle, y en pais fértil por todo extremo. Desde Kutlak bajamos otra vez hácia la costa por una quebrada inmensa llena de cantos rodados, y llegamos por la noche á Kapskhor.

Es Kapskhor un lindo pueblo táataro, al cual no falta espacio: está dispuesto con arte sobre un grande anfiteatro en donde las casas están colocadas en una gradería, de tal modo, que los terrados se dominan unos á otros. Una mezquita nueva ocupa uno de los costados de la montaña. Echamos pié á tierra, y nos recibió con la gracia mas elegante y señoril un mullah que salia de la mezquita, hombre hermoso, verdadero tipo de una cabeza de Rafael.

Nos confió al cuidado del ombachi, quien desde su terrado, llamó á voz en grito á las personas, cuyo arte ó cuya presencia podian ser necesarias para la hospitalidad que nos preparaba. Era la hora en que todas las familias se reúnen para la cena. A esa señal del gefe del pueblo todo el mundo salió en tropel, y en un pestañear llenaron los terrados para saber el motivo de ese llamamiento. Fué

aquello uno de esos estraños espectáculos que se fijan para siempre en la memoria.

Se nos destinó una habitacion muy limpia y entapizada, en la cual los papeles que durante el invierno usan los tátaros en defecto de vidrios, habian sido cuidadosamente pegados á los barrotes de las angostas ventanas. Ese dia se terminó con una cena de todo punto patriarcal, preparada y ofrecida con un tacto y bondad muy notables, y la cual nos dispuso para el sueño.

El dia 9 de Octubre seguimos el camino de la costa. Nuestros buenos huéspedes de Kapskhor nos habian proporcionado como guía principal un santón, esto es, un hadgy, cuyo turbante blanco indicaba su romería á la Meca. Nuestra marcha se retardó un poco por un motivo, de caridad. En la víspera habia venido un táataro jóven, para saber si entre nosotros se hallaba algun médico, y manifestó grandísima alegría al encontrar al doctor Léveillé dispuesto á estirparle un lobanillo incómodo que desde la ceja amenazaba invadir el párpado. Habiendo quedado en la hora para el dia siguiente el jóven tan decidido la víspera no pareció, y no salimos del pueblo hasta despues de una pesquisa, de la cual se libró, juzgándose sin duda muy feliz por ello.

Las montañas que recorriamos, aunque muy altas é imponentes por esa altura misma, tienen una forma comun, que no da al paisaje ningun carácter particular. Torrenteras inmensas, y escarpadas subidas constituyen el camino de la mañana entera. Despues de haber visto á alguna distancia una torre antigua atribuida á los romanos, y que los táta-ros llaman Tchoban-Kaleh, torre de los pastores, descubrimos luego el pueblo de Uskut, sepultado en un profundo valle, y en el cual nos costó algun trabajo alcanzar caballos. El buen ombachi, que en estacion tan adelantada no aguardaba tantos viajeros, habia dejado que esos animales se derramaran por la montaña, y fué trabajo largo y penoso ir á reunir el número que nosotros necesitábamos. Acercábase la noche cuando se presentó un pais mas risueño.

Despues de haber bajado mucho para llegar á un angosto valle, en el cual atravesamos dos arroyos, descubrimos á Tuah, pueblo agradablemente situado no lejos del mar que domina los hermosos árboles de esas huertas. Mientras ensillaban los caballos, nos tendimos en una blanda alfombra que el ombachi del lugar habia hecho poner sobre un terrado, en donde nos sirvieron para cenar uvas y vino dulce. Terminada esta frugal comida, la viaja-

dora cohorte se puso otra vez en marcha; y atravesando luego Kutchuk-Uzen y Kum-Uzen, *Pequeño arroyo* y *Arroyo seco*, lindos pueblos con nombre significativo, fué sorprendida por la noche en el momento en que dejaba el camino trillado para seguir hasta Aluchta los azares de una desigual ribera.

En el mismo sitio en que termina el camino encontramos dos pastores táta-ros que vueltos hácia el ocaso rezaban devotamente sus oraciones de la tarde, prosternándose encima de una alfombrilla tendida delante de ambos. Aluchta! les preguntamos, ¿en dónde está el camino de Aluchta? Los devotos pastores nos indicaron simultáneamente la ribera del mar, y fué preciso que por segunda vez nos lo dijieran para convencernos de que aquello era un camino. Cuando estuvimos seguros de haberlo entendido, nuestra cabalgata se metió en una playa de cantos rodados. Nuestros guías, detenidos por los bagajes, cuyo edificio poco sólido se arruinaba á cada instante, habian perdido parte de su celeridad y se quedaron muy atras. Parecíanos mas extraño que el camino fuera ese, porque ignorábamos que esa parte de la costa aun no ha sido comprendida por falta de tiempo, en el sistema de caminos cómodos é iguales con que el gobierno del conde Wo-

ronzoff ha cruzado ese hermoso jardín meridional. Adelantamos con harta pena por ese movedizo suelo en que decayó de pronto el ardor de nuestros caballos. A pocos momentos nos cercaban las tinieblas, comenzó á soplar el viento, la mar encrespada bañaba los cascos de los caballos, y nos azotaba el rostro una lluvia horizontal y helada. En aquel momento la posición comenzaba á dibujarse, como decia Raffet. Las tinieblas eran tan espesas, que ninguno de nosotros veia la cabeza de su caballo, y caminábamos como en una caverna, sin mas guía que el estrépito de las olas que por entre los guijarros se estrellaban. A cada paso se ofrecia un obstáculo; ya árboles derribados, ya una barranca movable que el admirable instinto de los caballos adivinaba. Pisaban los pobres animales como verdaderos ciegos, ya las rocas medio anegadas en la mar, ya una angosta senda de la playa que se hundia bajo sus plantas. Arrecidos de frío, calados por la lluvia y despues de veinte caidas, cuyo peligro nos ocultaba por fortuna la oscuridad, empleamos tres horas largas y angustiosas cual no cabe decirlo, para hacer la travesía de algunas verstes que nos separaban de Aluchta. Finalmente asomó una luz, señal de salvacion en esa noche profunda. Los caballos, reconociendo un piso mas firme volvieron

á su seguro paso, atravesamos sin verlo un pequeño rio, y nos detuvimos bajo las anchas galerías de una hermosa casa de estilo turco. Era la casa de postas de Aluchta. Al cabo de una hora habiamos olvidado todos nuestros trabajos. Dos de nuestros compañeros que querian asegurar nuestra vuelta en el buque de vapor, del cual sabiamos que saldria pronto, pero no exactamente cuándo, juzgaron á propósito á media noche y despues de una hora de alto, adelantarse al resto de la caravana para correr á Yalta. Nada mas fácil que esto, pues estábamos en la casa de postas y bastó una palabra. Al momento estuvo preparado un telego, y los dos viajeros se instalaron en el angosto vehículo que partió en medio de olas de nieve, mientras que nosotros, como verdaderos sibaritas, entramos en la casa para tendernos cerca de una estufa y encima de nuestras capas, ni mas ni menos que si fueran mullidísimos colchones. El sueño rendia ya á los cansados viajeros cuando aun resonaba en la vecina montaña la campanilla del telego que se llevó á nuestros dos helados camaradas.

Mas hé aquí que á las ocho de la mañana despertada á la dormida cohorte una campanilla que era sin poder dudarla la misma. ¡Qué sorpresa! ¿Y qué habia sucedido? Nada, ó poco menos. Nuestros dos

compañeros, en medio de los adioses de la víspera, se olvidaron de indicar al postillon el camino que debía tomar, y apenas sentados habian pronunciado la sacramental palabra *pacholl*, corre, y el postillon echó á correr. ¿Pero hácia adónde? Derechito al Norte, hácia el Tchadir-Dagh, esto es, hácia Sympheropol, siendo así que debian encaminarse hácia el Sur y por la costa. La nieve era tanta y el viento tan furioso que nuestros desdichados compañeros marchaban sin saber adónde, cual la hoja que el huracan arrebató. Llegaron al parador de Taochan-Bazar, mercado de liebres, linda casa de postas que se levanta en el borde del camino hácia el lado oriental del Tchadir-Dagh, y que parece una caprichosa fábrica en medio de un jardin inglés. Vueltos en sí nuestros exploradores y poseyendo entre los dos toda la ciencia necesaria para construir en lengua rusa una frase de tres palabras, preguntan al maestro de postas: ¿Cuántas verstes hasta Yalta?—Cincuenta y cuatro.—¡Cincuenta y cuatro! Es imposible: este hombre está durmiendo. Toman entonces una pluma, hacen que el maestro escriba en guarismos ese número fatal, y acaban unos y otros por esplicarse, con dolor y pasmo de nuestros colegas que se nos vienen de esa desgraciada correría cubiertos de nieve de piés á cabeza.

El camino hácia Yalta estaba muy escaso de caballos porque habian embargado la mayor parte para el servicio público, y á fin de trasladarnos á ese punto de reunion general, hubimos de apechugar con todos los medios que nos ofrecieron; nos escalonamos en ese hermoso camino á distancias desiguales, unos á caballo, en carruaje otros, y cada uno del mejor modo que pudo.

Ya en otra parte hemos descrito la bella situacion de Aluchta, que edificada en la cuesta de una torrentera gigantesca, está allí como un centinela á quien se ha confiado la vigilancia de ese gran desfiladero. Aluchta y Su-Dagh son los únicos puntos de la costa en donde se interrumpe el primer plano de la cordillera táurica, y en cuanto al segundo plano de montañas parece colocado allí tan solo para defender la costa contra el desastroso viento del Norte. El monte protector de Aluchta es nada menos que el majestuoso Tchadir-Dagh y el pueblo, gracias á esa posicion tan naturalmente estratégica, tiene su historia heroica. En el siglo quinto, cuando Roma dominó esos paises, protegiéndolos contra los bárbaros, el emperador Justiniano hizo levantar un fuerte en la entrada del valle de Aluchta, con el nombre de *Phrurion*. Aun se conservan tres altas torres al Oeste de la torrentera,

en medio de la casa de los tártaros. Desde esos lejanos tiempos Aluchta, cuyo nombre slavo es, según dicen, un diminutivo de cariño del hermoso nombre de Elena, el mas popular de Grecia, ha venido á parar en una grande ciudad y ciudad episcopal; y aunque en el dia no es tanta su importancia, está enorgullecida de su hermosa posicion, de sus dos valles cubiertos de jardines y viñedos, regados por dos riachuelos de los cuales el Korbeikoise es el mas considerable. Sus títulos oficiales se concretan á una casa de correos y á una aduana. Una linda posada fabricada según el gusto asiático, una mezquita nueva y algunas tiendas completan la estadística arquitectónica de ese pueblo, que no puede menos de acrecentarse cuando estén terminados los caminos que deben conducir al mismo.

El plantío del viñedo, feliz especulacion de la Crimea meridional, ha hecho tantos progresos, que los terrenos han de llegar á tener quince veces más de valor del que antes tenían, y aun así faltarán vendedores.

Volvamos, pues, á nuestro camino de Yalta. Quien desee admirar una serie de hermosos paisajes, y contemplar alternativamente la naturaleza en toda su majestad salvaje, ó en sus mas seductores pormenores, recorra este lindo camino, risueña ala-

meda del mas hermoso parque, que da vueltas como para que pueda gozarse de sitios verdaderamente encantadores; mas aquí, como en el camino de Yalta á Alupka no trataremos de describir, limitándonos solamente á una simple nomenclatura de los lugares recorridos.

El infame tiempo, que no dejó de perseguirnos al traves de ese rico laberinto de rocas y de bosques, no nos impidió, sin embargo, distinguir Buyuk-Lampat, el Gran Lampat, recuerdo borrado de la antigua Lampas, que se levantó en las orillas de las aguas en tiempo de las colonias griegas y que atraía á esas murallas, bien conocidas de los comerciantes, buques mal abrigados contra las tempestades. Un poco mas lejos apercibimos á Parthenitza. Este antiguo nombre indica hoy un territorio fértil en uvas y un rico pueblo en donde se cultiva con buen éxito el lino y el mejor tabaco de la Crimea, tan opima en esta parte. En toda esa costa se pueden seguir las huellas de un inmenso trastorno causado por las convulsiones del globo. Despues de Parthenitza entra uno en un misterioso paisaje, aun bien lejos del mar, porque el grande *Aiu-Dagh*, Monte del Oro, se levanta como un inmenso cono truncado al mismo tiempo que sumerge su base en la mar. Entre esa roca y los montes táuricos se estiende un

valle abrigado, y en las pendientes del segundo plano se presenta una carretera admirable. Allí se vuelven á encontrar los recuerdos de la Suiza que han pasmado á todos los viajeros: y en efecto allí nada falta: rocas, molinos, puentes atrevidos, estrepitosas cascadas. Del mismo modo que todos los desfiladeros de montañas, esos caminos tienen sus leyendas y su poesía. Si ha de darse crédito á los maestros de postas, á los carruajeros tártaros y aun á los *felds jagers*, correos siempre armados para proteger los despachos del gobierno en esas solitarias emboscadas, se encuentra á veces un ladrón desconocido, sin duda algún Schubry tártaro, y que va á esconder en la cumbre del Aiu-Dagh el botín de sus misteriosas correrías. Esas tradiciones menos terribles que poéticas, no son parte á impedir que el camino sea recorrido sin accidente alguno á todas horas de día y de noche.

Es también un sitio hermoso la posesión del Artk, para la cual un antiguo propietario, tan helenista como romántico, ha inventado el nombre de *kardiatricon* ó remedio del corazón: nombre que parece recientemente cogido en el *Jardín de raíces griegas* del R. P. Lancelot. Luego se encuentra Ursuf, fuerte que también es del tiempo de Justiniano, y que en la época de la invasión slava se llamó *Gorzobi-*

*ta*, montaña reventada. Ursuf ha sido también genoves, y las ruinas que datan de la ocupación de Génova, y quizá tienen cimientos romanos, aparecen todavía encima de ese pueblo que se levanta en anfiteatro en la margen del arroyo. En este lugar se deja á la izquierda Ai-Danil, viñedo protegido por el nombre de S. Daniel. En ese país es común dar á las posesiones nombres de algún santo, y así el cabo de Ai-Todor, está dedicado á Santa Teodora, y Ai-Petri, roca que domina Alupka como una torre almenada: Ai-Vassilli, gruesa y negra montaña, á la cual nos dirigimos, son otros tantos vestigios de la antigua nomenclatura dada durante el Bajo Imperio.

La voz *agios* santo, ha sido contraída después hasta reducirla á *Ai*; lo que no debe estrañarse, porque el genio elíptico de las lenguas orientales, desfigura los nombres al paso que se los apropia.

Cerca de Ai-Danil, se presenta Nikita, lindo pueblo edificado á la sombra de nogales, y sus fértiles quebradas están bañadas por el agua corriente que es la verdadera riqueza de la Crimea meridional. Más bajo que el pueblo, y entre él y la mar, se estiende el famoso jardín botánico de la corona, fundado en 1812, y que contiene gran multitud de plantas cultivadas con un esmero, que la belleza del

cielo y el ardor del sol, han favorecido mas allá de todas las esperanzas. Al verdadero templo de la ciencia debia dársele un santuario, á cuyo efecto se ha erigido en el centro de los mas ricos puntos de vista un sencillo edificio con columnas; y el busto de Linneo, sabio é ingenioso inventor de la botánica, protege desde lo alto de su pedestal toda la vegetacion allí reunida. Esta visita, corta y contrariada por el mal tiempo, no bastaba para satisfacer nuestro botánico celo; y así fué que, á la mañana siguiente, el Dr. Léveillé habia vuelto allí para vivir un dia entero en esa encantadora vida de la ciencia, cuyas delicias saben apreciar tan solo sus adeptos.

A medida que Yalta se acerca, se encuentra en las escarpadas cimas de las montañas la vegetacion que cubre el vasto recinto del Stillé-Bogas. Quizá recuerdan nuestros lectores que á la ida habiamos hecho alto en esos hermosos pinos y tortuosos enebros. Seguimos á galope el camino que nos llevaba á Yalta, cuando al llegar cerca de Masandra, hermosa hacienda del conde de Woronzoff, vimos algunos ginetes envueltos en sus *burkas*, escelentes capas circasianas, verdaderamente impermeables, como se dice en Paris. El gefe de esa cabalgata era el conde Woronzoff, quien al vernos espresó en su

rostro grandísimo desagrado, y en tono severo dirigió análogas reconvenciones al postillon que guiaba nuestro primer telego, cuyo postillon era en realidad muy culpable, pues con desprecio de las órdenes mas terminantes, habia puesto tres caballos en su frágil carruaje, cuando los peligros de un camino rodeado de precipicios no permiten en ese punto mas que dos caballos. El imprudente conductor, antiguo soldado mutilado, no tenia mas que un brazo para dirigir tres fogosos caballos que siempre iban al galope y que con espantosa rapidez se precipitaban en las vueltas del camino. La reprimenda fué severa, y tanto, que á nosotros mismos nos dejó cortados, aunque no sabiamos el reglamento ni conociamos la infraccion. En cuanto al culpable, no ignoraba el castigo á que se hizo acreedor. Hecho esto, el conde depuso su ademan severo, y se mostró, como siempre, interesado y bondadoso para con sus protegidos, que gracias á él, habian terminado con felicidad muy rara ese largo paseo, en donde se despertaba tanto el interes y habia tantos motivos de encender el entusiasmo. Este encuentro, bajo tan desagradables auspicios, nos causó algun pesar. Recordábamos la palabra de un habitante de la Crimea, á quien preguntando cómo era posible que el conde de Woronzoff, con un co-